

## La mascarilla de la universalidad: La política en la respuesta a la pandemia\*

Todd McGowan\*\*

### La autodestrucción de Trump

Siempre deberíamos prestar atención cuando las personas actúan abiertamente en contra de sus propios intereses. Dichas instancias revelan la política inconsciente en sus acciones y exponen aquello que la articulación de una posición política, por lo general, no puede declarar abiertamente. En esos momentos, vemos el investimento inconsciente que sostiene una posición política. Los actos que desafían nuestros propios intereses necesariamente son actos inconscientes, porque conscientemente siempre perseguimos nuestro propio interés.<sup>1</sup> En este sentido, los actos que atentan contra nuestro interés son tan reveladores como los sueños, tropiezos y chistes, los tres modos de revelación de lo inconsciente que Freud enfatiza luego del descubrimiento del psicoanálisis.

En el curso de la pandemia de coronavirus podemos apreciar el caso flagrante de una acción contra el interés propio en el liderazgo de dos de los principales populistas de derecha, Jair Bolsonaro y Donald Trump. A medida que la pandemia comenzaba a hacer estragos en sus países, ambos desoyeron los consejos de los expertos médicos y arremetieron contra el uso de las mascarillas como medida para combatir la pandemia. En contraposición a la mayoría de los demás presidentes alrededor del mundo, ellos se negaron a hacer obligatorio el uso de las mascarillas e, incluso, llegaron a burlarse de quienes las usaban o fomentaban. Trump se burló de su oponente electoral, Joe Biden, por su negativa a aparecer en público sin una mascarilla, lo que interpretaba como un signo de

---

\* Ensayo publicado originalmente como "The mask of universality: Politics in the pandemic response", en *Crisis & Critique*, Vol. 7, N° 3, 2020, pp. 228-243. Traducción de Gustavo Sánchez. Agradezco la gentileza del autor y los editores de la Revista para autorizar esta traducción [N. del T.].

\*\* Profesor del Departamento de Inglés de la Universidad de Vermont, Estados Unidos. Sus investigaciones se articulan principalmente en torno a la filosofía hegeliana, el psicoanálisis y los estudios del cine. Entre sus publicaciones recientes destacan: *Universality and identity politics* (2020, Columbia University Press), *Emancipation after Hegel* (2019, Columbia University Press), *Capitalism and desire* (2016, Columbia University Press) y *Out of time: Desire in atemporal cinema* (2011, University of Minnesota Press). Contacto: todd.mcgowan@uvm.edu [N. del T.].

<sup>1</sup> Así es como deberíamos leer la famosa sentencia de Blaise Pascal sobre nuestra búsqueda constante de la felicidad. Esto es así, siempre que se esté hablando de lo consciente y no de lo inconsciente. Pascal sostiene: "Todos los hombres buscan la manera de ser felices. Esto no tiene excepción, por muy diferentes que sean los medios que empleen, todos tienden a este fin. Lo que hace que unos vayan a la guerra y otros no vayan es ese mismo deseo que está en los dos acompañado de diferentes ideas. La voluntad (no) da nunca el menor paso que no sea hacia este objetivo. Es el motivo de todos los actos de todos los hombres, hasta de aquellos que se ahorcan". Pascal, Blaise. "Pensamientos". En *Obras*. Madrid, Editorial Gredos, 2012, p. 393. La aserción de Pascal no nos suena convincente hoy en día, precisamente, porque vivimos las secuelas del evento freudiano.

debilidad. A pesar de que Trump finalmente cedió y aceptó a regañadientes la necesidad de las mascarillas (sin emitir, no obstante, una orden nacional para su uso), no pudo dejar las expresiones burlescas para ellas. En Brasil, el congreso debió anular el veto de Bolsonaro para emitir una orden nacional que regulara el uso de mascarillas. Lo que hace difícil de entender esta recalcitrante oposición es que atenta contra las perspectivas electorales de ambas figuras. Como algunos de sus partidarios percibieron correctamente, las mascarillas ayudarían a las autoridades a controlar el virus y, por lo tanto, a aumentar la popularidad de los líderes. Nadie basa su popularidad gobernando sobre la muerte masiva de sus seguidores, a menos que tenga un enemigo externo al que culpar de la carnicería.

Incluso más, si el uso de las mascarillas se hubiese extendido, la economía de Brasil y Estados Unidos habría tenido muchas más posibilidades de recuperarse, algo que sus respectivos líderes querían. La recesión económica que el coronavirus precipitó puso en riesgo las posibilidades de reelección tanto de Bolsonaro como de Trump, sin embargo, ellos se negaron consistentemente a avanzar con las decisiones más simples y obvias en dirección a una recuperación económica. Su rechazo a las mascarillas ha encontrado una respuesta positiva entre sus partidarios, llegando algunos incluso a agredir a quienes insisten en ellas. Estos ataques muestran la vehemencia con que los populistas se aferran a su rechazo de la mascarilla, y tal vehemencia indica el poder de esta última en tanto significante específico. Pero, ¿qué significa la mascarilla?

Los populistas de derecha retroceden ante la mascarilla porque funciona como un sustituto del significante perdido de la universalidad. La política de derechas se basa en el rechazo de la universalidad en favor de la reivindicación de la identidad particular, que, en el caso de Trump, se manifiesta como nacionalismo blanco. Lo universal tiene una valencia inherentemente izquierdista en la medida que conecta a todos y les permite ver su interdependencia colectiva. La universalidad representa un peligro letal para la política identitaria que Trump y Bolsonaro practican. Pero la posición política populista depende de que sus seguidores no reconozcan la universalidad y su participación en ella. Para seguir el programa populista, uno debe percibirse como una mónada aislada que puede adquirir una identidad sólo a través del apego a proyectos nacionales, religiosos o étnicos. Si uno aprehende su apego a lo universal, si uno percibe que es ya es parte de un colectivo, el atractivo populista necesariamente llega a oídos sordos. El populismo promete el consuelo de la identidad, pero este consuelo constituye un atractivo efectivo únicamente cuando el sujeto no reconoce su involucramiento en lo universal. De ahí que eclipsar la universalidad sea el gesto fundacional del programa populista. La mascarilla actúa como una barrera a dicho proyecto en la medida en que confronta constantemente al sujeto con la universalidad.

Entender la conexión de la mascarilla con la universalidad no sólo clarifica el rol de, y la hostilidad hacia, la mascarilla. También nos permite comprender mejor qué constituye la universalidad. Lo universal no es algo que todos poseen. No es nuestra humanidad compartida o nuestra esencia común. Es lo que todos comparten sin tener. La universalidad es una ausencia colectiva. Esto es lo que muchas teorías de la universalidad pierden de vista y, además, lo que distingue la universalidad de la dominación. Lo universal no es un significante amo que demanda conformidad y que se impone sobre distintos sujetos —eliminando así sus diferencias particulares, tal como los críticos de la universalidad temen—, sino

un significante perdido cuya ausencia posibilita la emergencia de la subjetividad. Es un significante de la falta que, en sí mismo, está ausente.

La ausencia de este significante es lo que todo el mundo debería afrontar. Es una ausencia vinculante, una ausencia que nos conecta con todos los otros sujetos. El significante de la universalidad es lo que Freud denominó lo reprimido primordial (*die Urverdrängung*). La represión del significante de la universalidad constituye la subjetividad al crear una apertura dentro del orden de la significación a través de la cual la subjetividad puede aparecer. Sin esta ausencia primordialmente reprimida, no habría brecha dentro de la estructura significativa.<sup>2</sup> Esta brecha en la estructura simbólica, el espacio vacío en el todo, es la base para la subjetividad. Un significante debe estar ausente para que la novedad de cada sujeto entre en la estructura simbólica.

En nuestra existencia cotidiana, esta brecha no es fácilmente visible. Interactuamos con otros en una relación fetichista que nos permite evitar confrontar el vacío ubicuo mediante su rechazo. Por lo tanto, nuestra experiencia primaria de la universalidad es su repudio. En lugar de afrontar la ausencia universal, experimentamos imágenes de plenitud que llenan los vacíos del orden social. En este sentido, por ejemplo, en vez de ver la brecha en una figura de autoridad, la asumimos como absoluta, la tratamos como una guía para nuestras acciones. Al repudiarla, no captamos la brecha dentro de la significación y, de esta manera, evitamos confrontar la universalidad.

Esto es lo que la pandemia nos da la oportunidad de corregir. Al requerir el uso de las mascarillas para contrarrestar su diseminación, la pandemia facilita un encuentro con la universalidad. La pandemia hace del encuentro con la universalidad una ocurrencia cotidiana, en tanto que la ausencia del significante primordialmente reprimido se vuelve evidente mediante la mascarilla. Cada vez que debo ponérmela y encontrarme con alguien más usando una, experimento una restricción a hacer simplemente lo que quiera. Sin embargo, no es la restricción caprichosa de una autoridad amenazante. Es la restricción de la universalidad misma.

No es que cuando vemos a alguien usando una mascarilla accedemos súbitamente a lo reprimido primordial, sino que confrontamos directamente la producción de un espacio en blanco dentro del terreno simbólico. Vemos lo que apunta en la dirección de la universalidad, que existe en el punto donde algo en común está ausente. Somos universales en nuestro fracaso en tenerlo todo, y la mascarilla significa precisamente este fracaso. Esta conexión con la universalidad es lo que molesta a los críticos conservadores, como hacen evidente en sus diatribas contra el uso de las mascarillas. Su atención se centra siempre en el cambio de actitud que ésta sugiere. Molly McCann, por ejemplo, sostiene en *The Federalist*: “Si todos usan una mascarilla, significa que la sociedad acepta que el statu quo ha cambiado, y que con ese consenso también pueden producirse otros cambios [...]. Nuestra nueva normalidad incluirá una expansión permanente de la burocracia”.<sup>3</sup> Vale decir, nos sintonizaremos más con la colectividad.

La mascarilla no sólo cubre nuestra cara, sino que también hace evidente el daño que podemos infligir a otros. La mascarilla apunta a la universalidad porque

---

<sup>2</sup> Para profundizar en la teoría de la universalidad, cf. McGowan, Todd. *Universality and identity politics*. Nueva York, Columbia University Press, 2020.

<sup>3</sup> McCann, Molly. “Mandatory masks aren’t about safety, they’re about social control”. *The Federalist*, 27 de mayo de 2020.

indica que el Otro, la formación de la estructura simbólica, está en falta. El Otro es incapaz de sostener nuestras relaciones sin la introducción de este evidente espacio en blanco en ellas. La relación social requiere este obstáculo para funcionar y mantener a todos con vida.

Cuando es utilizada durante una pandemia, la mascarilla revela el significante ausente de la universalidad, el significante que no encaja dentro de nuestro universo simbólico. Lo central de la mascarilla es que la protección primaria que ofrece no es para quien la usa, sino para quienes uno se encuentra. Indica que quienes la usan tratan al Otro como faltante, mientras se ven a sí mismos como excesivos. Utilizo una mascarilla porque soy una amenaza para otros de una manera que las operaciones normales del orden social no pueden contener. El exceso de sus portadores es precisamente lo que amenaza al Otro faltante. La mascarilla contiene este exceso y lo hace menos letal. Lo universal, por tanto, no sólo se manifiesta en la dependencia del sujeto con respecto al Otro para su emergencia en tanto sujeto, sino en la forma en que la subjetividad se excede a sí misma e invade al Otro. Nunca soy simplemente yo mismo, sino que siempre me extiendo hacia el Otro, así como el Otro se extiende hacia mí. Ningún sujeto está simplemente aislado en sí mismo, como diría una filosofía liberal. El Otro forma al sujeto, y el sujeto constantemente se excede a sí mismo y se impone al Otro. La mascarilla vuelve esto evidente.

### **La interpretación apolítica**

En respuesta a la ira populista contra la mascarilla, autoridades médicas y líderes políticos moderados se han levantado para lamentar su politización. Su punto es que la mascarilla no es más que una herramienta para la salud pública y, por ello, no tiene componente político alguno. Insisten en la neutralidad científica detrás de las campañas en pro de las mascarillas y critican a quienes buscan hacer de ellas un símbolo político. Asumen que politizarlas tiene como efecto el que ciertas personas las rechacen e, incluso, que se vuelvan beligerantes en dicho rechazo.

La mayoría de los críticos de los líderes populistas les ruegan a éstos que reconozcan que la mascarilla no tiene nada que ver con la política. Lamentan la politización que ha sufrido su uso. Esta es la posición del propio jefe de enfermedades infecciosas de Trump, Anthony Fauci. Al comentar sobre el uso de las mascarillas, Fauci insistió: “No debería ser un asunto político. Es un asunto únicamente de salud pública. Olvídense de la política. Mire los datos”.<sup>4</sup> La súplica de Fauci de no politizar el asunto de las mascarillas está, de hecho, dirigida a su propio jefe, Donald Trump, así como a sus seguidores. La invocación de Fauci de la salud pública como opuesta a la política pareciera hacer sentido. Las mascarillas salvan vidas. Pero lo que Fauci pierde de vista —y lo que Trump y Bolsonaro no— es que no lo hacen neutralmente. La mascarilla es un significante político, motivo por el cual los populistas correctamente la ven con sospecha.

Cuando Fauci defiende su uso de la mascarilla, inadvertidamente deja ver que su apuesta por ella va en realidad más allá de la pura salud pública y entra en el terreno de la política. Luego de afirmar que el requerimiento universal de la

---

<sup>4</sup> CGTN. “Wearing masks ‘purely a health issue,’ says Fauci”, 25 de junio de 2020.

maskarilla era simplemente el resultado que arrojaban los datos, él entrega una justificación política para ello. Señala Fauci: “Es una suerte de respeto por otra persona, y hacer que esa otra persona te respete. Ustedes usan una maskarilla, ellos usan una maskarilla, se protegen entre sí”.<sup>5</sup> Mientras que para algunos la declaración de Fauci puede parecer de sentido común, en realidad está articulando una crítica a la filosofía liberal imperante, que constituye la base de la sociedad capitalista y la revuelta populista contemporánea. Fauci concibe a la sociedad como un colectivo en el que la actividad de cada sujeto está directamente involucrada en la actividad de los demás. Su visión de una sociedad de protección mutua es una visión claramente anticapitalista, no una concepción de la sociedad donde cada sujeto persigue simplemente su propio interés sin importar los efectos que tenga sobre otros.

Esto no es sólo un deslizamiento hacia la política por parte de Fauci. El requisito de la maskarilla es político de principio a fin debido a la relación que tiene con la otredad, específicamente, con el significante ausente en el Otro. Cuando vemos a sujetos usando maskarillas no vemos a otros aislados, sino a otros que están intrínsecamente vinculados a nosotros. La maskarilla del otro significa aquello que me une a todos los demás, motivo por el cual no puede funcionar simplemente como una herramienta apolítica de salud pública. O podemos decir, también, que la preocupación por la salud pública es ya una preocupación política, en la medida en que el énfasis en lo público está intrínsecamente en conflicto con la insistencia del liberalismo en la prioridad del individuo aislado. Invocar lo público es criticar la filosofía liberal imperante.

Si echamos un vistazo a los orígenes del liberalismo, la política de la maskarilla rápidamente se volverá más clara. En su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, John Locke hace evidente que primero existimos como individuos al margen de las constricciones del orden social, y que entramos en este orden, que limita nuestra libertad, únicamente para proteger nuestros bienes. Locke escribe: “Por consiguiente, el grande y principal fin que lleva a los hombres a unirse en Estados y a ponerse bajo un gobierno es la preservación de su propiedad”.<sup>6</sup> Tal como Locke lo ve, la única razón para aceptar las limitaciones sobre la libertad que impone la sociedad es garantizar la seguridad de la propiedad individual. Su liberalismo traiciona una apuesta por la protección del capital y, por lo tanto, muestra cuán entrelazados están realmente el liberalismo y el capitalismo. Por supuesto, Locke verá en la protección de la vida otra razón para aceptar las limitaciones a la libertad. Pero quienes rechazan las maskarillas no se ven a sí mismos en peligro. Su interés, como lo entienden, no recibe protección por parte de éstas.

El punto decisivo en el tratado de Locke es que sugiere que la entrada en el orden social es opcional, que es posible existir como sujeto por fuera de las restricciones sociales. Locke toma al individuo aislado como el punto de partida. Cuando uno hace esto, lo universal aparece ineluctablemente como una restricción innecesaria y evitable. Llevando esta aproximación al plano de la subjetividad, Locke no ve que es lo universal lo que constituye la subjetividad. Si no fuera por el significante ausente universal, el sujeto no podría emerger en absoluto. El significante ausente crea la apertura a través de la cual la emergencia del sujeto es

---

<sup>5</sup> *Ibíd.*

<sup>6</sup> Locke, John. *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Madrid, Editorial Tecnos, 2006, p. 124.

posible. Por tanto, el sujeto parte desde la perspectiva de la universalidad y emerge como singular sólo subsecuentemente. La universalidad es el *sine qua non* para la emergencia del sujeto.

Cuando se aboga por las mascarillas, implícitamente se reconoce la prioridad de lo universal en relación con el sujeto. La mascarilla es un guiño explícito a los demás, una admisión de que el sujeto no puede evitar verse implicado en el destino de los demás. Toda actividad del sujeto ocurre dentro del campo del Otro. Pero lo importante es que el sujeto actúa en referencia a lo que el Otro no tiene, al significante ausente en el Otro. Es la ausencia en el campo social lo que determina cómo el sujeto se forma. La relación íntima de la mascarilla con esta ausencia constituye su valencia política básica.

En este sentido, Bolsonaro y Trump correctamente temen que la mascarilla represente un significante político, lo que es un mal augurio para ellos. La aceptación generalizada de las mascarillas indica que las personas no se ven a sí mismas como sujetos liberales. En cambio, reconocen implícitamente lo universal. El desafío que las mascarillas plantean a la filosofía liberal subyacente a la sociedad capitalista conduce, entonces, a un enfoque diferente: un intento de convertirlas a la lógica de la mercancía que inicialmente amenazan.

## **Mercantilizando lo universal**

La mascarilla apunta a lo que no está en el campo de la significación. Nos dice que algo está ausente dentro de la estructura significativa, proclamando que hay un punto que escapa al control de esta estructura. Este significante ausente es el significante de la universalidad; el significante que colectiviza a todo sujeto dentro del orden social. Lo que compartimos es una relación con el significante ausente, incluso si no tenemos nada más en común. Esto pasa al primer plano cuando usamos la mascarilla. Esta última, por tanto, representa un desafío fundamental al orden capitalista y su insistencia en el aislamiento del sujeto sobre la que descansa el sistema. El sistema capitalista debe negociar la mascarilla para evitar que la universalidad se vuelva evidente.

El significante ausente de la universalidad es lo que el capitalismo, en su funcionamiento cotidiano, constantemente se esfuerza por ofuscar, en la medida que una ausencia necesaria representa un límite insuperable para la acumulación de capital. El capitalismo desdeña tales límites porque socavan la lógica fundamental del sistema. Por lo tanto, debe crear un mecanismo que permita a los sujetos rechazarlos, lo que logra a través de la mercancía, que facilita el repudio de la ausencia. En lugar de confrontar la ausencia en la forma del tiempo de trabajo que produce la mercancía, vemos en esta última la posibilidad de superar la falta descubriendo el objeto perdido que posee la llave de nuestra satisfacción. El fetichismo de la mercancía cubre lo que está perdido con la promesa de la realización futura.

En el primer capítulo de *El capital*, Marx analiza el rol que la mercancía y su fetichismo juegan en la sociedad capitalista. La primera funciona como un fetiche que esconde lo que está ausente en las relaciones capitalistas. Cuando miramos la mercancía, no vemos la fuente de su valor. Esta mistificación no es un efecto superficial del que el capitalismo pueda prescindir, sino un elemento necesario para que la mercancía realice su función. Si la reconociéramos correctamente,

cesaría de desempeñar su papel necesario dentro del sistema capitalista. La mercancía genera satisfacción tanto para el productor como para el consumidor, pero al mismo tiempo, para hacerlo, oculta el rol que la explotación del trabajo desempeña en dicha satisfacción. Debido al fetichismo de la mercancía, sostiene Marx: “Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquéllos”.<sup>7</sup> La relación social a la que Marx hace referencia es la explotación del trabajo, el punto donde la falta, en la forma de tiempo de trabajo explotado, interviene en el sistema capitalista produciendo el exceso de plusvalía. El capitalismo transforma la falta en exceso, pero, debido al fetichismo de la mercancía, el exceso emerge como por arte de magia.

La clave para comprender cómo funciona psíquicamente la mercancía requiere vincular la teoría del fetichismo de la mercancía de Marx con la concepción de la negación fetichista de Freud. A pesar de que este último nunca se refiere a la teoría del fetichismo de Marx cuando desarrolla su propia idea al respecto, si se miran las dos teorías una al lado de la otra es posible apreciar un parentesco esencial. Freud concibe al fetiche como un objeto que le permite a uno evitar la confrontación con la falta en el Otro. Al momento de enfrentar la castración del Otro, uno confronta en cambio un objeto sustituto, un objeto que oculta la castración permitiéndole al sujeto esquivarla.

Esquivar la castración constituye el atractivo central del fetichismo en la teoría freudiana. En su ensayo “Fetichismo”, Freud sostiene que el atajo que el fetiche ofrece en el camino hacia la satisfacción procura al fetichista una ventaja sobre los demás. Freud escribe sobre éste:

Los otros no disciernen la significación del fetiche, y por eso no lo rehúsan; es accesible con facilidad, y resulta cómodo obtener la satisfacción ligada con él. Lo que otros varones requieren y deben empeñarse en conseguir, no depara al fetichista trabajo alguno.<sup>8</sup>

En un universo donde todos tienen que vérselas con la falta para encontrar satisfacción, el fetichista se las arregla para hallar un objeto que promete total satisfacción al facilitar el rechazo de la falta.

Lo que Freud describe como el objeto fetiche tiene las mismas características que la mercancía en Marx. Como ella, el objeto fetiche permite al sujeto evitar confrontar la necesidad estructural de la falta en el Otro. La mercancía promete el mismo goce sin falta que el fetiche de Freud. Es un vehículo para el rechazo de la castración del Otro, el repudio de la falta en el Otro.

Cuando usamos una mascarilla, la castración del Otro pasa a primer plano. Por esta razón, ella funciona contra el imperativo mercantilizador de la sociedad capitalista. Al encontrarnos con la mascarilla, nos encontramos con la clara articulación de un límite. Ella indica que la pandemia bloquea el libre flujo del capital e interrumpe la promesa de una satisfacción futura ininterrumpida. El requisito de la mascarilla significa que algo siempre permanecerá ausente, que quedará un espacio en blanco dentro de la mercancía en el lugar del tiempo de trabajo que entra en su producción. En el límite que plantea la mascarilla, se puede

<sup>7</sup> Marx, Karl. *El capital. Tomo I*. Ciudad de México, Siglo Veintiuno Editores, 2008, p. 89.

<sup>8</sup> Freud, Sigmund. “Fetichismo”. En *Obras completas. Volumen 21*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992, p. 149.

ver el trabajo hecho visible como una ausencia. En tanto límite absoluto, la mascarilla funciona como un antídoto contra la mercancía en la sociedad capitalista.

El sistema capitalista responde a la amenaza de la mascarilla de dos maneras interrelacionadas. Inicialmente, elogia su utilidad: gracias a su poder profiláctico, el intercambio capitalista puede reanudarse, incluso en medio de la pandemia. Cuando funciona de esta manera, el servicio de la mascarilla para la economía capitalista trabaja para contrarrestar su universalismo. Esta es la postura del comentarista conservador Michael Brendan Dougherty. En un artículo para el *National Review*, él se lamenta que las mascarillas sean ajenas a nuestra cultura, sin embargo concluye: “si las mascarillas pueden permitirnos volver al trabajo, deberíamos estar a favor de ellas”.<sup>9</sup> Dougherty señala claramente el imperativo capitalista detrás de su renuente aceptación. Asumir esta posición, argumentando que la mascarilla es buena para los negocios, no difiere sustancialmente de su rechazo. Simplemente toma una ruta más indirecta hacia el mismo lugar, un lugar donde la lógica de la mercancía triunfa.<sup>10</sup>

Pero el ataque del capitalismo contra la política de la mascarilla va aún más lejos. Junto con transformarla en una herramienta económica, la sociedad capitalista la convierte en una nueva forma de mercancía. Las mascarillas se vuelven un nuevo tipo de estilo: uno puede adquirirlas con el diseño de su equipo favorito, con el emblema de una banda musical o con la marca de un diseñador o diseñadora. En todos estos casos, lo que se le añade transforma el papel que juega. Cuando una mascarilla se vuelve una mercancía, su relación con la falta experimenta un cambio fundamental. Más que significar lo que está ausente, la mascarilla mercantilizada le otorga a uno la promesa de completitud. No vemos lo que está ausente sino más bien la intrusión de la lógica de la mercancía, una lógica que llena la nada que la mascarilla señala.

El propio hecho de que la sociedad capitalista luche contra la mascarilla sugiere su poder político. No es simplemente una herramienta utilizada por el bien de la salud pública. Es un significante de la universalidad en el que debemos insistir. Esta insistencia incluye la negativa a permitir que la lógica de la mercancía supere la significación de una ausencia fundamental.

## Frente a lo particular

---

<sup>9</sup> Dougherty, Michael. “What the masks mean”. *National Review*, 22 de junio de 2020.

<sup>10</sup> En su ensayo en *The American Conservative*, Helen Andrews realiza un intento inexacto, aunque perspicaz, de trazar un paralelo histórico entre la práctica de agacharse y cubrirse [*duck-and-cover*] de la Guerra Fría y las nuevas regulaciones sobre las mascarillas. Andrews observa cómo la mascarilla podría funcionar como un fetiche, permitiéndonos rechazar el peligro de la pandemia cuando creemos en su poder protector. Para funcionar, este paralelo no sólo requiere que las mascarillas sean totalmente inefectivas (y no lo son), sino que también pasa por alto la relación radicalmente diferente con el Otro tanto en la práctica de agacharse y cubrirse como en la de usar mascarilla. Agacharse y cubrirse intenta ocultar la falta en el Otro al proveer un curso de acción claro que nos protegería de un encuentro con lo que no puede ser dominado. Cf. Andrews, Helen. “Are mandatory masks the new duck-and-cover?”. *The American Conservative*, 19 de mayo de 2020.



Así como la mascarilla afirma la universalidad, también oscurece la particularidad de quien la usa. Ella significa lo universal mediante su obstrucción de lo particular. El rostro es lo que indica la identidad de cada quien, precisamente aquello que la mascarilla bloquea. Así, los rasgos particulares del rostro de uno — las cualidades faciales que nos otorgan una identidad distintiva— quedan elididos. Las características del rostro crean una imagen que se puede reconocer y que indica, a su vez, que reconocemos a otros. Esta particularidad conduce a la dinámica del reconocimiento social. Incluso cuando no estamos usando un software de reconocimiento facial, el rostro sirve constantemente como base para el reconocimiento social.

El reconocimiento proviene del orden social, pero no puede ser universal porque funciona invariablemente de manera jerárquica. Siempre algunos adquieren más reconocimiento que otros. Para quienes lo reciben, su valor depende de quienes no lo hacen. El reconocimiento sirve para crear la distinción, para dividir el campo social entre quienes pertenecen y quienes no, entre quienes cuentan y quienes no. El lugar del reconocimiento es el rostro, ya que indica mi diferencia particular, que es lo que la gente reconoce.

Para muchos pensadores, el rostro nos llama a una obligación con el otro. Uno ve en el rostro su propia vulnerabilidad, y dicha vulnerabilidad llama a la responsabilidad. Esta es la posición de Emmanuel Levinas, el gran filósofo del rostro. De acuerdo con Levinas, el encuentro con el rostro del otro representa el terreno ético del nacimiento del sujeto. La situación nos llama a una responsabilidad ética con la particularidad del otro como se indica a través del rostro. Es por ello que señala en *Totalidad e infinito*: “El cara a cara permanece como situación última”.<sup>11</sup> El encuentro con el rostro del otro tiene prioridad sobre todo encuentro. Y, para Levinas, es la situación definitiva porque proporciona la base sobre la que descansa nuestro comportamiento ético en el mundo.

Levinas separa el rostro y su demanda ética del régimen de la universalidad. El primero nos llama a la responsabilidad con el otro en contraste con las pretensiones de lo universal. En lugar de emerger de la universalidad, el rostro precede lo universal tanto cronológica como teóricamente. Sin el encuentro con la particularidad del rostro del otro, no tenemos forma de orientarnos.

La mascarilla representa un desafío a la manera en que Levinas entiende las cosas y a la insistencia en la importancia del encuentro con el rostro. Al ocultar este último, la mascarilla crea una ausencia fuera de la presencia del rostro. Parte de éste se vuelve ausente dentro del campo de la visión. Lo que no podemos ver en el otro se vuelve el hecho más importante. Un espacio en blanco reemplaza al rostro y genera una ausencia que encontramos en medio de la particularidad del otro. Esta brecha en el otro es la apertura a través de la cual la universalidad aparece. Lo universal emerge en el punto donde lo particular se revela a sí mismo como faltante.

Es la brecha en el otro, no su rostro, lo que hace evidente nuestro involucramiento con él. Lo más importante es entender que este involucramiento no concierne al otro en tanto presencia, sino que se dirige a lo que está ausente en toda otredad. En contra de Levinas, los otros impactan en nosotros y nosotros impactamos en ellos mediante lo que ninguno posee.

---

<sup>11</sup> Levinas, Emmanuel. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2012, p. 85.

El ocultamiento del rostro obstruye nuestra respuesta emocional al otro. Somos incapaces de ver el comportamiento emocional del otro y, por lo tanto, no sabemos cómo debemos responder. Las pistas faciales que guían nuestra actividad social desaparecen. Debemos interactuar sin las sutilezas que nos permiten sentirnos a gusto. El encuentro con un otro enmascarado es desconcertante para el sujeto porque está desprovisto de las señales faciales —en primer lugar, la sonrisa— que mantienen la interacción social en marcha. Enfrentamos una extrañeza en nuestro interlocutor que la expresión facial —como una sonrisa amable o incluso una mueca de desaprobación— suele esconder. Pero éste es precisamente el punto radical de la mascarilla: nos lleva más allá de la particularidad de aquellos con quienes interactuamos.

A través de la mascarilla, el otro con el que interactuamos deja de ser un puro particular y se convierte en portador de la universalidad. La mascarilla es una constante molestia en nuestro proceder, pero dicha molestia apunta hacia lo universal. Permite darnos cuenta de que la molestia en la interacción social no es una barrera para nuestra conexión universal, sino su principal evidencia. Podemos identificar la disrupción en el orden social como el lugar de nuestra relación colectiva con la universalidad. Cuando no podemos reconocer al otro o lo que el otro intenta indicarnos, nos vemos confrontados con la interrupción que es la universalidad. La mascarilla hace esto posible al ocultar la particularidad del rostro.

### **Desenmascarando la transgresión**

La hostilidad que generan las mascarillas radica en que nos llevan más allá de lo particular hacia el terreno de lo universal. Es por ello que se han convertido en uno de los sitios privilegiados para las guerras culturales durante la pandemia. La animadversión que la mascarilla despierta encierra un goce transgresor.<sup>12</sup> El rechazo populista, lamentablemente, tiene todo el goce de su lado. Usarla ayuda a uno mismo y a otros a sobrevivir, pero negarse a hacerlo le permite a uno gozar. A diferencia de lo que ocurre cuando se la usa, su rechazo ofrece un exceso de goce; uno tiene la emoción de transgredir la norma social propagada por los expertos.

En nuestro universo contemporáneo, el experto —especialmente el médico— se ha vuelto la fuente primaria de autoridad social. Incluso si los doctores no gobiernan naciones, su autoridad triunfa abiertamente sobre la de los políticos electos, tal como el brote de coronavirus ha dejado claro. En la mayoría de los países, los líderes se someten a la opinión de los expertos médicos para evaluar su respuesta a la pandemia. Pero los líderes populistas desafían esta lógica de manera explícita. Este rechazo permite a sus partidarios gozar de la transgresión a las nuevas autoridades. Al seguir a un populista se obtiene el goce de obedecer a una autoridad sumado al de transgredir a otra. Esta situación paradójica maximiza el

---

<sup>12</sup> En su *Seminario 7*, Lacan identifica la transgresión como el único camino posible para el goce. Él señala: “Llegamos en este punto a la fórmula según la cual una transgresión es necesaria para acceder a ese goce”. Incluso si las posturas tardías de Lacan contradicen esta insistencia en el rol necesario que la transgresión juega para el goce, de todas maneras proporciona un camino posible. Cf. Lacan, Jacques. *El seminario 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 214.

goce, motivo por el cual, a pesar de sus evidentes pasos en falso, los líderes populistas son tan populares.

Para un vasto número de teóricos, la autoridad emergente de los médicos representa una nueva y opresiva forma de dominación que caracteriza la época moderna. El problema con la expertise médica es que implica un régimen de vigilancia crecientemente despótico sobre el cuerpo. El experto en medicina releva al sacerdote con una preocupación que ya no gira en torno a la salvación eterna sino a la salvación en este mundo a través de la salud perfecta. Ambas formas de salvación tienen un alto precio: la total sumisión a una autoridad externa. Pero la autoridad del médico es más despótica que la del sacerdote, debido a que opera mediante la vigilancia total.

La emergencia de la autoridad del médico implica una transformación en el ejercicio de la medicina. Su procedimiento requiere de una mayor intrusión, tal como Foucault documentó célebremente en *El nacimiento de la clínica*. Éste escribe:

Convertida en actividad pública, desinteresada y controlada, la medicina podrá perfeccionarse indefinidamente; alcanzará, en el alivio de las miserias físicas, la vieja vocación espiritual de la Iglesia, de la cual formará el calco laico. Y al ejército de los sacerdotes que velan por la salud de las almas, corresponderá el de los médicos que se preocupan por la salud de los cuerpos.<sup>13</sup>

Mientras Foucault retrata al médico simplemente como otra versión del sacerdote, esta figura es mucho más amenazante que la religiosa. El sacerdote vigila la actividad del sujeto en busca de transgresiones, pero tiende a dejar solo al cuerpo. El médico va aún más lejos, examinando el cuerpo en busca de indicios de alteraciones que amenacen el ideal de una salud perfecta. La disciplina del alma da paso a la disciplina del cuerpo junto con el alma.

La preocupación de Foucault yace en la nueva forma de control y vigilancia que el experto perpetúa. A medida que el médico reemplaza al sacerdote, la modernidad incrementa el control sobre los cuerpos dentro de su esfera de influencia. A Foucault no le importa si el médico realmente comprende o no las enfermedades reales, o si simplemente las inventa de la nada. La cuestión es que el médico es una figura de vigilancia que limita el campo del cuerpo, razón por la cual se gana el oprobio de Foucault.

Desde esta perspectiva, la demanda por el uso universal de mascarillas funciona como una extensión del control del experto sobre la población. Figuras como Fauci, invocando una preocupación por la salud pública, se vuelven incluso más peligrosas que los populistas como Trump. Al extender el control sobre el cuerpo a lo que cubre el rostro, Fauci y su grupo de expertos restringen lo que los cuerpos pueden hacer, que es la manera en que la opresión funciona en el mundo moderno, de acuerdo a Foucault.

Lo que el análisis de Foucault pierde de vista, sin embargo, son los agujeros en este nuevo régimen de control, agujeros donde el líder populista emerge para contrarrestar el reinado de experto. En otras palabras, y a diferencia de lo que Foucault imagina, el dominio del experto no se desarrolla sin problemas. Si el

---

<sup>13</sup> Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica*. Ciudad de México, Siglo Veintiuno Editores, 2001, p. 58.

control de Fauci fuese absoluto, no habría Trump. El experto funciona con un punto ciego fundamental, una brecha en el campo del conocimiento donde el goce está localizado. El líder populista adquiere un atractivo popular porque toma en cuenta el goce, que es justamente lo que el experto pasa por alto.

No es que el líder populista simplemente desdeñe la expertise científica, sino que la utiliza de manera tal de producir goce para sus seguidores. La brecha dentro de la expertise científica es el lugar del goce, que es aquel que todos los populistas explotan. Al desafiar la expertise médica (y negarse a usar mascarillas, por ejemplo), el populista muestra el goce que se deriva de transgredir la regla del experto. A pesar de que el líder populista es quien en realidad está a cargo y maneja el país, el experto aparece como la autoridad real que el populista desafía. El populista existe sólo a través del goce derivado del desafío a los expertos.

Trump va tan lejos que desafía incluso la autoridad de los expertos de su propio gobierno. Sus numerosas críticas a Anthony Fauci y Deborah Birx se derivan de la inherente hostilidad a los expertos del líder populista. Trump no puede respaldar el punto de vista del experto sin abandonar la fuente de su atractivo y socavar su propia capacidad para movilizar el goce de sus seguidores, razón por la cual está constantemente en desacuerdo con personas que pertenecen a su propia administración.

El rechazo a utilizar la mascarilla opera como una posición política viable únicamente sobre la base del goce que procura. Esta posición no tiene otro fundamento convincente. La apelación a la libertad es débil ya que sus defensores, por ejemplo, no ven en las leyes contra la desnudez una infracción a su libertad personal, como sí hacen con las regulaciones relativas a las mascarillas. Ellos aceptan las leyes contra la desnudez, así como todo tipo de restricciones contra la libertad, por el bien de las costumbres de la sociedad. Pero es precisamente esta ausencia de un fundamento coherente lo que le otorga a la posición antimascarilla su poder. El rechazo a la mascarilla no emana de una posición lógica coherente, sino de la ilógica del goce. Al rechazar el uso de la mascarilla, es posible gozar realmente de la rebelión contra la autoridad gobernante en la actualidad, vale decir, el médico. El goce que se deriva de este desafío le confiere una fuerza política que no deberíamos subestimar.

## **Transgrediendo la mascarilla**

El problema con las campañas en favor de la mascarilla es que la presentan únicamente como un instrumento de supervivencia, como el vehículo para lo que Fauci llama “la salud pública”. De acuerdo con esta lógica, uno utiliza la mascarilla para ayudarse a uno mismo y a otros a sobrevivir. Así retratada, esta posición aparece como desprovista de goce y gana seguidores únicamente a través de la presión social o el miedo al castigo. La supervivencia no tiene la capacidad de movilizar a las personas en su nombre debido a que no hay nada en ella de lo que se pueda gozar. Sobrevivir es siempre doloroso.

Resulta tentador, para popularizarlo, imaginar el gesto de usar mascarillas como un acto transgresor. Si utilizarlas se volviera más transgresivo que rechazarlas, la distribución del goce cambiaría. De pronto, la mascarilla tendría el goce de su lado. Usarla le daría a uno el goce de la transgresión cuando se considera a todas las personas que reprobarían la decisión de hacerlo. Esta parece

ser la mejor solución posible: les devuelve la pelota a los conservadores antimascarillas e invierte el cociente de goce en el debate.

Pero el problema con esta solución es que nos instala en la política de la transgresión, que es siempre una política particularista. La política de la transgresión no puede ser nunca universalista porque requiere de un enemigo que fije la norma que uno transgrede. La transgresión, por tanto, necesita de alguien a quien transgredir. Si la utilización de la mascarilla fuera transgresiva, requeriría constituir a los antimascarillas como el enemigo que uno transgrede. Pero la política universalista no puede nunca ser dependiente de un enemigo; es una forma de política que rechaza a los enemigos. Su postura es que incluso nuestros oponentes políticos comparten lo universal: todos, colectivamente, carecemos de lo universal ausente, y ésta es la fuente del vínculo colectivo.

En lugar de teorizar la mascarilla como un símbolo de transgresión, deberíamos repensarla en términos de sacrificio. Quienes abogan por su uso deberían ser claros en que éste es un acto sacrificial: uno está renunciando a la visibilidad de su rostro y a la conveniencia de andar sin mascarilla, que no es poca cosa. Este sacrificio genera un goce que puede competir con el goce transgresivo de sus oponentes.

En última instancia, el goce del sacrificio es una forma de goce más poderosa que la de la transgresión. Usualmente, la transgresión se vuelve tediosa en la medida que uno requiere la creación de nuevas normas para sostener el goce transgresor. El sacrificio, en contraste, proporciona una forma constante de goce. Uno renuncia a la utilidad del rostro desnudo por el bien de la universalidad de la mascarilla. Se experimenta este sacrificio a diario y se recibe el goce que ello produce.

Indudablemente, llegará el momento en que nos desharemos de las mascarillas o las guardaremos hasta la próxima pandemia. Pero lo que debemos retener mientras las abandonamos es el encuentro que posibilitan. Deberíamos tratar al rostro descubierto como si estuviera enmascarado, mirándolo no como una particularidad aislada sino como un sitio que alberga al significante perdido de la universalidad. Al mirar el rostro desnudo como si estuviera enmascarado, no sólo vemos lo que está ahí, sino también lo que no está. Esta es la actitud que la mascarilla fomenta. Cuando miramos la mascarilla, debemos ver que no hay nada debajo de ella.